

EL AMIGO DEL OBRERO

— Órgano de los Círculos Católicos de Obreros —

Homenaje a Cristo Redentor y a su Augusto Vicario en las postrimerías del Siglo XIX

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes) \$ 0.20
En campaña (semestres adelantados) 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION

CALLE URUGUAY NUM. 180

PUNTOS DE SUSCRICION

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada y Confitería de la Catedral, Ituzalngó 173.

Rogamos a nuestros suscriptores se sirvan dirigir las quejas a dichos puntos.

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

ADMINISTRACION
Calle Uruguay 180—Montevideo
—(333)—
HORAS DE OFICINA
9 a 11 a. m. — 2 a 5 p. m.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 23 DE SETIEMBRE DE 1900

¡Pan y espectáculos!

Quando un pueblo reconoce sus miserias y las llora con sinceridad y trata de investigar la causa de sus desgracias y se preocupa de los remedios oportunos, aunque ellos sean costosos; ese pueblo es grande en el mismo infortunio, tiene sano su corazón y da muestras de viriles energías.

Pero los pueblos que abrumados por miserias físicas, aplastados por crisis económicas y víctimas de especulaciones políticas, solo saben gemir y no tienen más aspiración que el goce material, que enloquece y hasta, y no sienten los remordimientos consiguientes a sus grandes errores y extravíos; esos pueblos no se curan de los remedios apropiados a sus males, ni ven a la sana prudencia su sensato parecer, ni la sabiduría verdadera sus luces, ni a la verdad sus rumbos ciertos, ni abrazan, por cobardía, las sendas rectas de la virtud que eleva y regenera.

En medio de sus disoluciones criminales pierden la noción de la nobleza verdadera y hasta del pudor y asisten y hasta contribuyen sin pena a la pérdida del uno, aún en la niñez, y a las tristes humillaciones de la otra.

Y este es, lector mío, el peor síntoma para las naciones y la señal más evidente de su próxima desaparición.

Ahí está la historia, que consigna las severas lecciones del pasado y no nos dejará mentir.

Educado en el infortunio y hecho al sufrimiento, el pueblo romano resurgió más grande y vigoroso de sus propias desdichas. En la escuela de la desgracia aprendió a ser noble y recogió enseñanzas preciosas y adquirió las poderosas energías que supo aprovechar y que le dieron el dominio del mundo.

¡Quién lo vió después, ni sombra de lo que fue!

No soñaba en combates, ni escuchaba sus fibras el recuerdo de las pasadas glorias.

La desgracia no fué entonces la escuela de su grandeza, sino el de su ominosa caída.

Entregado a excesos abominables, hizo del goce, casi siempre ilícito, el único fin de su vida y el único culto de su religión.

Con la estupidez del bardo, solo pedía en medio de sus desdichas un mendrugo que llevar a su boca y lujuriantes espectáculos con que satisfacer sus ansias de placeres criminales: *Panes et circenses*.

La vida de aquel pueblo, antes tan heroico y viril, entraba en la agonía.

Los mismas pútridos de sus bacanales subían y subían, provocando la indignación divina y afrentando la dignidad humana.

Los grandes castigos no se hicieron esperar, y la justicia de Dios volcó la copa de sus iras, que estaba colmada y las hordas de los bárbaros se encargaron de dar cumplimiento a los decretos divinos.

Y no es por desgracia igual ó parecido, si no peor, el estado de los pueblos de la vieja Europa y de la joven América en la actualidad? Agotados sus viriles entusiasmos en las enervadoras orgías del vicio, el tiempo que debieran emplear en las nobles tareas de regeneración, lo malogran en lamentaciones estériles, proyectos utópicos y rumbosas fiestas que constituyen la más sangrienta burla del hambre y la miseria que nos aqueja y aniquila.

Hay un momento, el de satisfacer las obligaciones que impone el orden público, contribuciones, impuestos, derechos, etc., en que los pueblos invocan y reconocen y apelan a su miseria y se amotinan y reclaman y se niegan al cumplimiento de esos deberes, porque los creen vejatorios de sus derechos y libertades que se les han predicado y prometido. Entonces y solo entonces creen humillada su grandeza porque se les quita el mendrugo porque suspiraban.

Pero... no; me equivocaba, lector amigo: hay otro momento en que los pueblos de la actualidad dan muestras de vida. Tocad a fiestas; no importa que se trate de quemar incienso al ídolo de las más locas preocupaciones ó ridículas extravagancias, los pueblos se congregan como por encanto.

Se olvidan por completo y durante ese breve tiempo hasta de sus propias conveniencias.

Llamad a jolgorios, cuanto más enloquecedores é indecorosos mejor, y vereis como los pueblos de hoy no se acuerdan de sus miserias, ni de sus penurias de la víspera, ni siquiera de las reglas más elementales del decoro. Diver tidos y los pueblos estarán contentos; poco les dará aunque para lograr su deseo se prostituya el arte, se lastime la santidad de la virtud, se insulte la religión, se menoscabe la inocencia en su representación más genuina y hermosa,

en el candor de la niñez, que sale a las tablas y se presenta al público con la cinica petulancia de una decrepitud viciosa, y sin ningún atractivo, despojada de todos los encantos propios de su edad.

Organizad fiestas y no hayáis temor que se detengan, ni los más serios y formales, á examinar el origen que traen, ni las tendencias que encarnan, ni los fines ocultos que se proponen, á veces tan funestos, ni los títulos que ostentan.

No hay peligro que los pueblos respondan á los llamados de voces amigas, empeñadas en su bien, que los invitan á la regeneración energética y segura, por la práctica de las virtudes austeras, por la sobriedad, por el cumplimiento del deber.

En una palabra, la única ambición de nuestros tiempos es el mendrugo y el despilfarro: *Panes et circenses*.

Y la gran culpable de tanta degradación es la prensa diaria y periódica, que acogiendo en

sus columnas desde lo más impío hasta lo más indecoroso y aplaudiendo lo que es digno de reproche, ha pervertido el criterio de las muchedumbres y extraviado los pueblos, llevándolos á la degradación y al derrumbe.

Y "corremos el riesgo, dice un periódico muy juicioso que tenemos á la vista, de que en el fondo de los lugares en que tantas fiestas y regocijos se celebran, aparezcan aquellas terribles palabras precursoras del derrumbamiento del imperio de Babilonia: *Manes, Thecel, Phares*."

Cuáles serán los instrumentos de la justicia divina en este caso?

Lo ha dicho gráficamente el gran filósofo catalán, Jaime Balmes. Cuando esté colmado el cáliz de las iras divinas y se decreten los grandes castigos que provocan las profundas degradaciones actuales, Dios desatará sobre esta sociedad corrompida, paganzada y alicaída el terrible azote del socialismo.



Pbro. D. ANTONINO D'ELIA
Fundador de la Iglesia Parroquial del Reducto

BODAS DE PLATA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DEL REDUCTO

1875—Setiembre—1900

Con motivo de haberse celebrado en este mes las fiestas correspondientes á la erección en parroquia de la feligresía del Reducto, nos complacemos en honrar nuestras columnas con el retrato del digno Cura bajo cuya dirección se edificó el nuevo templo y con el artículo hermoso que le dedica el doctor Durá, en el folleto que como acto de homenaje ha publicado el Cura actual Pbro. don Antonino D'Elia: "Nació en Brienza el 16 de Enero de 1837 y frisaba en los treinta y dos años cuando vino á Montevideo, en el de 1869, el sacerdote don Antonino D'Elia; y era de estatura mediana, más bien baja; de regular corpulencia tendiendo á grueso; de facciones proporcionadas aunque llenas, de sano aspecto y color algo encendido; alta la frente y de incipiente calvicie; serena aunque viva la mirada; el andar reposado y fácil en su dialecto, como lo fué luego en castellano apesar de la conversación enrevesada.

Recibido pero no empleado enseguida por la Curia, halló el P. D'Elia en la Iglesia de San Francisco aquel la fácil acogida del inolvidable Cura don Martín Pérez, pobre por vocación y carinoso por necesidad de temperamento, de cuyas puertas nunca fué rechazado ningún sacerdote, cualesquiera que fuesen su procedencia, su edad, su lengua y el pelaje de su sotana.

Después de seis meses en San Francisco y dos años de teniente del Cura P. Brid en el Duque, al P. D'Elia volvió á Montevideo á principios de 1872, y fué destinado por el entonces Vicario, después primer Obispo, don

Jacinto Vera, á la parroquia del Reducto, que era la última carta de la baraja, en clase de Parroquia no solo en la capital sino acaso en la República.

Era el Padre D'Elia hombre de bien escasas necesidades, y falta le hacía gran espíritu de pobreza en aquella vecindad que dejaba á su Cura morirse de hambre; pues literalmente habría muerto de esa penuria, si en falta de emolumentos parroquiales no hubiese sido socorrido con algunas limosnas para las necesidades de culto y de claro de aquella vecindad, tan maldita además en punto á prácticas religiosas, que al terminar la cuaresma inmediata á su nombramiento, el desconsolado Cura hubo de presentarse al Vicario diciéndole: "Señor, mis feligreses no me quieren; un solo hombre se ha acercado á la Santa Mesa en esta cuaresma, y aun mujeres muy pocas; temo que he de haber hecho algo para resentir al vecindario y que esto es lo que redunde en daño de mi ministerio; haga el bien de confiar esta Parroquia á persona que pueda ser en ella de más provecho que yo."

El Vicario, conmovido por la pena del P. D'Elia, le contestó que precisamente por ser ese el estado de la Parroquia, lo había destinado á ella; que tuviese paciencia y no dejara de desmayar su celo; que un sacerdote sin otra aspiración que llenar de gente su Iglesia y ver frecuentados los sacramentos, tendría forzosamente que conseguirlo, porque Dios bendice la semilla evangélica cuando el obrero riega con sus lágrimas y la fecunda con su propio sacrificio.

El P. D'Elia refiriendo este episodio de su iniciación en la Parroquia, decía que salió de la presencia del Vicario consolado, confortado y dispuesto á quedarse allí de por vida, regando aquel suelo al parecer tan ingrato.

Tres años después, se alzaban sobre la cumbre, dominando desde la altura á la dispersa parroquia y á la ciudad misma, las torres del

nuevo templo del Reducto, que había surgido del suelo como por encanto y que bien puede ser estimado, después de lo expuesto, como un monumento de la fe, ya que no es propiamente un monumento de la arquitectura.

Otros historiarán la construcción de ese templo. Bástanos á mí recordar, como acabo de hacerlo, cual era el estado de la feligresía, para la cual fué edificado, de 1873 á 1875, antes de ser confiada á la solicitud del P. D'Elia.

Año después, he sido yo mismo feligrés del Reducto; he asistido á la misa parroquial de los domingos, y á los sermones, infaltables en ella, del P. D'Elia; he podido darme cuenta exacta de la ciencia y del celo de aquel sacerdote napolitano; y he hecho el resumen de mis impresiones acerca de él, diciendo estas palabras que me fueron recordadas al encargarme este artículo: "nadie pronuncia tan mal el español como el P. D'Elia, pero nadie explica mejor que él, el Evangelio."

Recuerdo con preferencia á los demás un sermón suyo sobre el Evangelio del Buen Pastor, que se lee en el 2.º domingo después de Pascua.

La iglesia estaba de bote en bote, como de costumbre, y era en aquel año 1886, siguiente al en que fueron sancionadas las leyes del llamado matrimonio civil, y de conventos, estando fresco el recuerdo de las blasfemias pronunciadas en el recinto legislativo y de las violencias inferidas á las casas y á las personas religiosas.

El P. D'Elia declaró el texto del Evangelio: "El buen Pastor expone su vida por la de sus ovejas", mientras que el mercenario las abandona y se pone en salvo cuando el lobo se arroja hambriento sobre el rebaño. El buen Pastor conoce á sus ovejas y ellas lo conocen; tiene ovejas que no están en su redil y las busca, corre tras ellas, y vuelve, cargándolas de una á una sobre sus hombros. Por eso el Padre ama al buen Pastor, porque pone su alma por la de sus ovejas.

Después de exponer el texto, el P. D'Elia se vuelve á su auditorio y le dice: Yo también, vuestro párroco, soy vuestro Pastor. Pero ¿soy buen pastor, ó mal pastor? Soy buen Pastor, ó deseo serlo. Yo no puedo siempre visitares de casa en casa, porque las costumbres son así, y muchos no queráis recibirme; porque la parroquia es muy grande y no podría llegar á todas las casas; porque tengo también que estar algo en la Iglesia y no podría á la vez estar en otras partes. Pero hay un momento en que yo dejo la Iglesia si vosotros me llamáis; hay un momento en que yo os visito, aunque no me llaméis; hay un tiempo en que tendréis que echarme de vuestras casas ó correréis sus puertas para que yo no esté con vosotros. Ese tiempo es cuando yo se, por vosotros mismos ó por vuestra familia ó por vuestros vecinos, que estais enfermos, afligidos, moribundos...

Y el buen padre les decía que de día ó de noche, que llueva ó truene, que esté cerca ó lejos, deben llamarlo. Y que cuando Dios le pregunte, en su tremendo juicio, que porqué ha muerto sin el auxilio de los sacramentos tal ó tal otro feligrés del Reducto, él podrá decir: "Señor, porque quise."

"Porque quise" sigue diciendo, contestará cuando el Señor me increpe porque se ha casado sólo por lo civil, como ahora dicen, aquel otro feligrés ó feligresía del Reducto; porque yo les he dicho que ese acto vil, bueno para el estado, no es casamiento ante la conciencia del cristiano; y yo les he advertido que vengan á la Iglesia, que su Cura los espera, que no hace cuestión de derechos parroquiales, que él les correrá todos los trámites y les allanará todas las dificultades. "Señor, porque quise."

De esta manera recorre el P. D'Elia todas las obras de su celo; la escuela parroquial, la enseñanza de la doctrina á los niños, el Círculo de Obreros, las asociaciones piadosas, las procesiones, el rezo del Rosario; todas las obras de santificación de que puede aprovecharse aquel vecindario y que el buen Pastor les ofrece; todo en suma lo que él mismo había hecho para poder arrostrar con menos temor el juicio divino en el día en que fuese llamado para pedirle cuentas de las almas que le habían sido confiadas, y á cuya participación las convidaba con instancia.

Hacia, á un tiempo, el examen de su propia conciencia y la evangelización de su auditorio; sin que aquellos arrastres, en los finales de las palabras y la añadida entre vocales, como es propio de los napolitanos al pronunciar algunos de nuestros diptongos castellanos, perjudicasen en nada á la fecunda lluvia de enseñanzas que descendían á raudales de aquel púlpito.

No es pues extraño que vuelto á su patria en Agosto de 1887, llamado instantemente por su anciana madre, y no teniendo en su patria las rebelías del idioma, haya ejercido los cargos de Canónigo Penitenciario y Rector del Seminario en la diócesis de Marsico y Potenza á que pertenecía. Actualmente es arcipreste de su pueblo natal, y estoy cierto de que su celo sacerdotal le permitirá también allí mismo proclamar el "Buen Pastor" en la obra y en el deseo para la salvación de sus feligreses.

Hallábase yo una vez á su lado en el Cementerio Central en un entierro, al cual también había concurrido el señor Obispo, que era entonces el Ilmo. señor Yéregui. El muer-

to era persona religiosa y bien relacionada, aunque más bien humilde y nada rica. Hubo un breve discurso que lo pronunció el viejo don Manuel Bonifaz, y no fué bien oído ni aun advertido por muchos de los circunstantes. El P. D'Elia estaba contenido por el respeto de su Superior y acaso creía que algún sacerdote hubiese recibido el encargo de decir algunas palabras. Pero notando que nadie sino el señor Bonifaz había hablado, me dijo con gran pena: ¡Qué lástima, tantos hombres juntos, cuando cuesta infinito reunirlos; y dejáris ir sin aprovechar la ocasión y el sitio, para decirles algo que llegue al alma!—Y como yo le dijese que porque él no lo había hecho?—me contestó que no se creía llamado á hacerlo; pero si hubiese sabido que nadie lo haría, él les habría hablado. "Lo que es yo, añadió, no habría dejado ir una ocasión como esta."

Ese rapaz pinta al hombre. Para el P. D'Elia la palabra era semilla; él la daba á los vientos, dejando á ellos, bajo la dirección de Dios, el cuidado de hacerla caer, ó en el camino para ser pisada por los viandantes, ó entre las espigas de los cultivos temporales para ser solacada, ó sobre las arenillas encima de la piedra en donde no brota ó se seca apenas brotada, ó en la tierra preparada y fecunda que la hace rendir el ciento por uno.

Su propio éxito en la edificación de la feligresía y de la iglesia del Reducto era el mejor estímulo para su incansable apostolado.

Terminada la iglesia, su celo le sugirió otra obra; y faltó de medios para costear la educación en el seminario diocesano de tres sobrinos que había hecho venir de Italia, constituyó en su propia casa el seminario donde se iniciaron en los estudios y se formaron en la piedad los hoy sacerdotes Cataldo D'Elia y Rafael Falce y el actual Cura del Reducto llamado como su tío Antonino D'Elia. El actual Cura de Minas Pbro. José De Luca es también sobrino del P. D'Elia, aunque este entró desde luego al seminario, á poco de llegado.

En 18 años el P. Antonino D'Elia erigió un templo y una escuela, formó una feligresía á su parroquia, devolvió la vida cristiana á un vecindario en el cual parecía extinguida y dió á la República cuatro sacerdotes que hoy trabajan el campo evangélico á semejanza de él mismo. Esa fué su labor, no razonada entonces y acaso olvidada ya!

Tiene el P. D'Elia 63 años y se halla vinculado en su propio pueblo á la labor que probablemente consumará sus días.

Es casi seguro que sus ojos no volverán á ver perfilarse la silueta de la querida iglesia, cuyas torres, desde las cubiertas de los trasatlánticos estacionados en la rada de Montevideo, parecen allá en la altura proyectadas contra el horizonte, teniendo por fondo y marco el limpio azul del cielo. Así la debió contemplar por última vez en su partida.

Y cuántas veces, cerrando los ojos y abierta la imaginación, la seguirá entreviendo el ya cansado sacerdote como fundamento de su postrera esperanza, como prenda de su propia eterna salud.

Sea así.

Lo esperamos y deseamos los que habiendo recibido su enseñanza y meditado en sus ejemplos, lo columbramos también al P. D'Elia como un benéfico recuerdo de acción sacerdotal proyectado en el horizonte de los años que fueron, y que, para nosotros no volverán.

Buenos Aires, Setiembre de 1900.

Francisco Durá.

EL CATOLICISMO A FINES DEL SIGLO XIX

Al mismo tiempo acaba nuestro siglo, con la persuasión de que, fuera de la religión, no hay salvación alguna. El problema de la desigualdad social no puede resolverse con la esclavitud, como lo resolvió la civilización pagana; queda pues librada su resolución á la fraternidad evangélica, cuyos vínculos son la caridad y la justicia.

La armonía de los deberes de estas dos virtudes fué y es la gloria de la civilización cristiana, de la cual ha pretendido separarse la nueva civilización aiente; pero á la que es necesario que tome, si no se quiere caer en una nueva barbarie, peor que la antigua.

Ya desde hace medio siglo lo decía el doctor Luis Veuillet, intimando á la Francia un dilema, que se reduce á esto: ó volver á ser cristiana ó perecer. Y mucho antes lo había reconocido Adolfo Thiers, confesando que la sociedad no sería salva sino por el clero. Lo ha confirmado poco ha en Bélgica, Fiesón, de la escuela racionalista, asegurando que, para reformar á la sociedad, se requiere una religión positiva; y entre estas sobresale aquella que ejercita un apostolado, el cual, como ha demostrado Isaac Pereire, no se halla sino en la Iglesia.

Y por no citar á otros muchos, con respecto á la eficacia de este apostolado, tenemos el testimonio de Hoffman de Bielield, que en el último Congreso de la democracia social, que tuvo lugar en Estocolmo, declaró abiertamente que

